

Política de La Resistencia – I

marzo 15, 2014

En el desastroso estado hoy en día de la Iglesia y del mundo, hay en juego, entre otros, dos principios centrales: el uno permanente y primario, el otro temporario y secundario, pero ambos son centrales. Su interacción debería ser decisiva para guiar nuestra acción.

El principio permanente es que “Sin Fe es imposible ser grato a Dios” (Hebr.XI,6). Esto es así porque todos los hombres provienen de Dios dotados de un libre albedrío con el propósito de que ellos lo usen de tal manera que puedan ser capaces de ir a Dios cuando mueran, y gozar de la beatífica visión de Dios por toda la eternidad. Estos términos obligatorios de nuestra existencia terrenal constituyen una oferta extremadamente generosa por parte de Dios, dado cuan relativamente poco se requiere de nuestra parte (Is.LXIV, 4). Pero lo menos que podemos hacer, un incipiente comienzo, es reconocer Su Existencia. Dada la bondad de Su Creación toda alrededor nuestro, es “inexcusable” no reconocerla (Rom.I,20), y por consiguiente sin la más elemental Fe en El, es imposible agradecerle.

El principio temporario es que el Pastor está herido y las ovejas dispersas (Zac.XIII, 7), texto citado por Nuestro Señor en el camino al Huerto de Getsemaní (Mt.XXVI,31) . Al cabo de 4,000 años de repetida decadencia de los hombres, Dios tomó una naturaleza humana para fundar una Iglesia que capacitara a los hombres para salvar sus almas por los últimos 2,000 años de la existencia de los hombres en esta tierra. Por el primer mil de esos años la decadencia fue seriamente interrumpida, pero luego de unos pocos siglos más, se recuperó nuevamente al punto que con el Vaticano II los líderes ellos mismos de la propia Iglesia de Dios, los Papas, sobre los cuales fue

diseñada para depender de ellos, devinieron seriamente infectados por la decadencia. En base a esto, devino para los hombres mucho más difícil ver de qué manera Dios tiene el propósito de que ellos salven sus almas.

Por consiguiente, por un lado, objetivamente hablando, las verdades permanentes para la salvación no han sido cambiadas ni un ápice por la caída de los Papas Conciliares y estas verdades deben ser mantenidas si siquiera algunas almas deben todavía ser salvadas. Fue la gloria de Monseñor Lefebvre defender esas verdades contra los hombres de Iglesia y el mundo caídos, mientras que es la desgracia de sus sucesores estar comprometiéndolas en obsequio de volver a la compañía de esos hombres de Iglesia y su mundo.

Por otro lado, subjetivamente hablando, esa desgracia está mitigada por el eclipse temporario de esas grandes verdades debido a la caída de los Papas. No es fácil, aún para los obispos, ver derecho cuando el Obispo de Roma está viendo torcido. Se sigue que aquellos que por la gracia de Dios – y nada más – ven derecho, deben tener una compasión de 360 grados por las almas atrapadas en una confusión que no es enteramente por su propia falta. Por consiguiente, me parece que si Santiago está convencido que para salvar su alma él debe quedarse en la Neo-Iglesia, no necesito martillarle para que salga de ella. Y si Clara está persuadida que no hay problema grave dentro de la Fraternidad San Pío X, no debo atragantarla con que sí lo hay. Y si Juan no ve otro camino para mantener su Fe que el creer que la Sede de Roma está vacante, preciso nada más que impelerlo a que esa creencia no es obligatoria.

Con todo, en toda esta dispersión de las ovejas, alguien debe mantener y poner a disposición de ellas la Verdad objetiva si es que no tendrán que hacerlo las pobres piedras (Lc.XIX,40), porque, si más no fuera, sobre la búsqueda de esa Verdad depende la salvación de nuestras almas. Sin embargo, que los Católicos la busquen con toda la debida consideración por la

ceguera de sus ovejas compañeras, por al menos tanto tiempo como el Pastor permanezca herido.

Kyrie eleison.